

que la Iglesia renueva sus esperanzas ante los fríos despojos de sus fieles hijos, y á las blasfemias de la impiedad, opongamos la sublime confesión de Job: *Yo sé que vive mi Redentor, y que en el último día he de resucitar de la tierra, y de nuevo he de ser rodeado de mi piel, y en mi carne veré á mi Dios; yo mismo le veré, mis ojos y no otros le verán, y esta esperanza mía, está profundamente arraigada en mis entrañas* ¹.

¹ Job, XIX, 25-27.

CONFERENCIA OCTAVA

LA VIDA FUTURA

Erit Deus omnia in omnibus, et
illius præsentia omnes animæ et
corporis implebit appetitus.

S. CIPRIANO, *Serm. de Ascensione.*

LA VIDA FUTURA

EXCMOS. Y RVMOS. SEÑORES ¹:

Al hablar del origen de la vida, tuvimos que reconocer en Dios la causa primera de todos los seres que se agitan y se mueven en el Universo; la fuente suprema de donde proceden, en incontable muchedumbre, las criaturas vivientes que pueblan el mundo; el Creador soberano de las almas y el autor sapientísimo de nuestra humana naturaleza. Sabemos de dónde venimos, cuál es la nobleza de nuestro origen, de qué sol es nuestra inteligencia como pálido reflejo, y en virtud

¹ Monseñor A. di Pietro, Arzobispo de Nacianzo y Nuncio de S. S. en España, y el Obispo de Madrid-Alcalá.

de qué impulso se mueve la voluntad. La antorcha de la fe iluminando los misterios de la Ciencia, y la razón apoyando con sus conclusiones las verdades reveladas, nos han demostrado la vanidad de los sofismas inventados por el error para atacar á la Religión en sus principios fundamentales, y establecer un divorcio violento entre las Ciencias humanas y divinas.

Hoy, como remate de estas Conferencias, en que me propuse discutir las cuestiones más graves entre las muchas que, renovando desacreditadas teorías, ha planteado el positivismo contemporáneo, volvemos á Dios, para encontrar en Él la vida de nuestra vida en los siglos eternos; la solución final y el supremo desenlace de nuestra existencia sobre la tierra; el descanso completo y permanente de nuestras fatigas; la satisfacción perfecta y adecuada de todos los apetitos racionales. Y no os parezca arriesgado atrevimiento el mío, al querer escudriñar los secretos de la vida futura, ni tengáis por imposible el que sepamos en qué género de operaciones ejercitarán las almas inmortales sus potencias, cuando serán separadas de sus cuerpos, y en qué condiciones vivirá la humanidad después de resucitada, pues *lo que el ojo no vió, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre fué capaz de sospechar... nos lo ha revelado Dios por su Espíritu, porque el Espíritu*

*lo escudriña todo, aun las profundidades de Dios*¹; nos lo enseña la fe, único criterio que puede seguramente franquearnos las puertas de la eternidad, y poner delante de nuestros ojos el sublime cuadro de sus delicias inenarrables.

Llena está la Historia de la Filosofía de opiniones equivocadas, y en cada página nos descubre el lamentable naufragio de aquellos que, sin la brújula de la fe, largaron las velas de su razón para explorar el mar sin fondo y sin riberas de lo infinito; la triste suerte de los profanos que intentaron descorrer los velos con que Dios quiso cubrir el tabernáculo de su gloria, y el fracaso de las hipótesis que, adornadas con las galas de la poesía y revestidas de cierto carácter científico, estuvieron muy en boga en tiempos cercanos á los nuestros, y que hoy no pasan de ser sueños de imaginaciones exaltadas, ó relaciones puramente fantásticas de ingenios fecundos, pero en esta cuestión lastimosamente extraviados².

No por eso temáis que desprecie yo las enseñanzas sólidas, pero incompletas, de la razón natural, que, si no acierta á revelarnos todos los misterios de la vida futura, puede, sin embargo, iluminada por la fe, descubrir las relaciones ad-

¹ I Cor., II, 9-10.

² De este género son las hipótesis de Camilo Flammarion, en su obra titulada *Lumen*.

mirables que Dios ha establecido entre las aspiraciones del alma y las eternas recompensas, entre el orden moral y las sanciones de su justicia, entre la vida temporal y la vida eterna. Ese camino es el que pienso yo seguir, sin desviarme un punto de las enseñanzas de la Iglesia, que, si son superiores á las enseñanzas de la razón, y de un orden más alto que las conclusiones de la Filosofía, en la razón y en la Filosofía encuentran auxiliares poderosos para llevar el convencimiento á las inteligencias que, sin preocupaciones ni prejuicios, generosamente se lanzan en seguimiento de las huellas luminosas de la verdad, dispuestas á aceptarla, cualesquiera que sean los deberes que la verdad imponga.

En este sentido, no me será difícil demostrar que la vida futura, según el concepto y las explicaciones que de ella nos da la doctrina católica, es la solución eminentemente racional de las aspiraciones y de los destinos de la naturaleza humana.

El tránsito de la vida presente á la vida futura, el golpe doloroso y terrible de la muerte, no quebranta ni destruye la naturaleza de las almas, puestas, por razón de su inmortalidad, fuera del

alcance de esas fuerzas disolventes, que tan extraños cambios y tan maravillosas metamorfosis producen en las substancias materiales. En la integridad radical de sus facultades, sin perder las dotes con que Dios las adornó al tiempo de crearlas, aparecen ante Él seguidas del cortejo de sus obras, conservando el caudal escaso ó abundante de los conocimientos adquiridos, y sujetas á la responsabilidad de los actos que libremente ejecutaron. Dejaron en la tierra el deleznable barro que animaron con su presencia; salieron de la región de las tinieblas, del hondo valle de su destierro, para escalar las cumbres resplandecientes y descubrir los horizontes inmensos de la eternidad. ¿Qué suerte será la suya? ¿Volverán á comenzar de nuevo sus pruebas dolorosas, y emprenderán otra vez el penoso viaje que pensaron acabar con la muerte, viéndose lanzadas á los espacios siderales por invisible mano, para recorrer en interminable peregrinación los astros? ¿Será aquella la primera etapa de un ciclo de existencias que, renovándose siempre, añaden constantemente nuevas perfecciones á los espíritus, y será el *Eccelsior* de un progreso indefinido el regocijado himno que cantan las almas en su marcha triunfal hacia un término que jamás han de alcanzar? Tristes destinos los nuestros, y tormento más terrible que el de Sísifo, sería este, si,

después de batallar contra los enemigos visibles é invisibles de la virtud, al cabo de la jornada, no encontrásemos en Dios el descanso apetecido. Contra esas soluciones inventadas por una Filosofía caprichosa, y destituidas de todo fundamento racional, se subleva nuestra conciencia, el sentido común y los presentimientos de la naturaleza. Las cosas que se mueven, ha dicho Santo Tomás¹, no se mueven por moverse, sino para llegar; caminan todas hacia el reposo, término final de todos los movimientos, y el mundo material, la gran máquina del Universo, tiene señalada en los relojes de la Ciencia la hora en que suspenderá su marcha para ser enteramente renovada².

Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra han desaparecido, y el mar ya no existe; y yo Juan, vi la ciudad santa de Jerusalén nueva, que descendía del cielo, adornada por Dios como la esposa ataviada para su esposo. Y oí una gran voz del cielo que decía: he aquí la morada de Dios con los hombres, y morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios será su Dios con ellos. Y limpiará toda lágrima de los ojos de

¹ *Summa Theol.* I, q. LXXIX, a. 8.

² Cf. *L'univers invisible*, de Balfour Stewart.

*ellos, y no habrá más muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas son pasadas*¹. Con este magnífico lenguaje describía el Evangelista desterrado en Patmos, los esplendores de la vida futura, dando en ella por terminadas las pruebas de nuestra vida terrenal, y acabadas para siempre las congojas que acibararan nuestra actual existencia. Descanso, y descanso interminable, llaman las Sagradas Escrituras á la vida de las almas bienaventuradas, y en ningún lugar han indicado que esa paz pueda interrumpirse, ni tampoco que los justos hayan de aguardar para conseguirla nuevas peregrinaciones y nuevos combates. Si limpias de toda culpa abandonaron las almas el mundo, justo es que reciban inmediatamente la merecida recompensa; y si después de haber tenido en su mano los medios de purificarse, y abierto el camino que había de conducir las almas al término final de sus destinos, voluntariamente las rechazaron y se negaron á seguirlo, no hay razón para que se les conceda un nuevo plazo, y dejen de recibir el castigo á que culpablemente se han hecho acreedoras. Establézcase como sanción suprema del orden moral, la vida errante de las almas, y el orden moral habrá desaparecido. ¿Qué esperanza sostendrá la

¹ Apoc. XXI, 1-4.

fortaleza de los que luchan por alcanzar el premio y la corona, ni qué temores detendrán en las pendientes del mal, á los que se dejan llevar de sus pasiones? Esa justicia tardía que nunca se resuelve á pronunciar su fallo definitivo, que va siempre buscando nuevas pruebas, y pone á los delincuentes cada vez en peores condiciones para que se corrijan, acusaría de ignorancia á quien la ejerce, y sería más intolerable que las penas eternas, que es principalmente lo que se quiere negar. Si la Religión cristiana hubiese cegado el pozo del abismo, si á todos indistintamente prometiese el Paraíso, ni uno solo hubiese puesto en duda su existencia, contagiados como están todos los hombres por el deseo de una felicidad completa, inacabable, eterna.

La doctrina católica, levantándose por encima de las opiniones humanas, colmando las aspiraciones más nobles del corazón, y satisfaciendo con creces sus más grandes esperanzas, desprecia los groseros placeres de un Edén voluptuoso, rechaza las fábulas de la mitología pagana, condena la moderna *Palíngenesia* y la antigua *Metempsicosis*; alumbrada por la fe, resuelve los misterios de la vida futura, y da á sus problemas una solución consoladora, justa y racional, y del mismo modo que Dios hizo salir al patriarca Abrahám de su tierra natal, para llevarlo á la

región feliz en donde habían de realizarse las divinas promesas, nos señala en el término de nuestro viaje, en la tierra prometida de los santos, á Dios mismo, como recompensa sobremanera grande de todos nuestros trabajos¹.

No menos que esto podía hartar el hambre de una naturaleza hecha á su imagen y semejanza, y aunque jamás la razón humana ha conseguido medir la grandeza de esta soberana felicidad, conjunto de todos los bienes apetecibles sin mezcla alguna de mal, y si, áun guiados por la fe, solo podemos rastrear lo que serán sus delicias inefables, responde tan bien esta solución á las tendencias del espíritu, que entre los mismos filósofos paganos no faltaron quienes llegasen á columbrarla, y ensayasen su descripción en cuadros de brillante colorido.

«Llega el alma al colmo de la felicidad, decía Séneca, y posee todos los privilegios de que puede gozar la humana naturaleza, cuando tendiendo el vuelo hacia el cielo, se pasea en medio de las estrellas, vive en las regiones superiores, y desde allí desprecia los soberbios palacios y los tesoros de los potentados... Cuando contemple desde el cielo este pequeño globo de la tierra, cubierto en su mayor parte por el mar, áspero,

¹ Gen., XV, 1.; Sap., V, 16.

escabroso é inhabitable en muchos puntos á causa del rigor del frío ó del exceso del calor, nada valdrán á sus ojos los pórticos brillantes, los artesonados con incrustaciones de marfil, los bosqueillos plantados á cordel y las fuentes que murmuran en los jardines. Entonces el espíritu exclama: ¿ Es este aquel pequeño punto cuya posesión se disputan las naciones á sangre y fuego? ¡ Oh! ¡ Cuán insensatos son los mortales, y cuán estrechas son sus miras! Este mar en donde navegáis, esta tierra donde hacéis la guerra y fundáis monarquías, solo es un átomo. Pero allá arriba hay vastísimos espacios, en posesión de los cuales entra el espíritu, si está purificado de toda mancha, si no llevó consigo aficiones terrenales, si se ha distinguido por sus virtudes. Cuando un espíritu de esta índole ha llegado á las regiones celestiales, se encuentra en ellas como en su propia morada, se eleva y se engrandece, y vuelve, por decirlo así, á su celestial origen... Allí contempla con exactitud el orto y el ocaso de las estrellas, y sus variados movimientos; allí descubre y examina todas las cosas con acierto, puesto que todas le pertenecen... Allí, en fin, llega al conocimiento de lo que aquí ha investigado con afanosos desvelos; allí empieza á conocer á Dios.»

Conocer á Dios y amarle: en esto consiste la

vida eterna¹; conocer á Dios, viéndole cara á cara², levantados los cendales que le ocultan á las miradas de la fe; penetrar en el *Sancta Sanctorum* de su glorioso tabernáculo, y beber en el torrente de sus delicias³; verle con la luz misma de su rostro⁴, y unirse á Él con la indisoluble lazada de un abrazo eterno; vivir para siempre en las anchuras de su seno, y reinar con Él en las perpetuas eternidades⁵, es lo que han sabido decirnos los Libros Santos de esa bienaventurada existencia de las almas, cuando serán llegadas al término de su carrera, y habrán echado sus áncoras en los bonancibles puertos de la gloria.

Conocer y amar: en eso consiste la vida de los espíritus, y eso hacemos desde que empezamos á vivir vida racional, desde el instante primero en que alboreó en nuestras inteligencias la luz de la razón, y presintiendo la grandeza de su destino, ni satisfacen al alma las brillantes perspectivas de la Ciencia, ni echados en su corazón todos los amores, serían bastantes á llenarlo. ¿ Qué sabio dijo: *basta*, en el curso de sus tareas, ni descansó satisfecho en lo que consiguió saber? El descubrimiento de un astro perdido en las sole-

1 Joan., XVII, 3.

2 Act., II, 28.

3 Psalm., XXXV, 9.

4 Ibid.

5 Rom., V, 17; Apoc. XXII, 5.